

## Elegía para el Álamo

*a Antonio Álvarez*

Mártir de la llanura,  
tu muleta enraizada en la gleba  
te clavó en el camino  
como una bandera de frescura,  
donde los caminantes  
reciben tu símbolo de sombra.

Y te hicieron un himno luminoso  
los pájaros fervientes que te condujo el viento,  
y se multiplicaron tus hojas con sus alas  
en una misteriosa facundia de belleza  
que te hizo glorioso.

La hierba de tus alrededores  
le hizo corro a tu sombra,  
que es tu amada,  
imagen de tu pecho vibrante  
y de tu sueño frágil y luminoso  
como una calandria.

Le hablaste a todos los viajeros taciturnos  
con tu palabra esperanzada y serena...  
De noche parecías una nube  
colgada de una estrella,  
y en el alba,  
un pincel tiñendo de escarlata la llanura.  
O una torre cristalina,  
soltando las bandadas de sus pájaros  
heridos de alegría.  
De tanto tener pájaros  
te volviste cantor y tembloroso.

Cuando se abrían las viejas cicatrices del cielo  
y con broncos quejidos trizábanse las nubes  
sobre tu espalda,  
abrías el ala de tu brazo  
para que nadie se mojara mucho.

Te amigaste con todos los viajeros  
y con el gringo flaco y conversador  
que levantó el lomo al primer rancho,  
y te llenó de vecinos el valle  
y te alegró el paisaje  
con el tajo sangrante de una acequia  
que se vistió de verde.

Tuviste una alegría mejor que humana  
cuando llegaron dos muchachos  
a escribirte los primeros garabatos de la escuela...  
Y viste pasar, como una nube renga,  
un carro cargado con alfalfa.

Aún tenías toda la llanura  
para andarla por medio de tu pájaros.

Pero un día, clavaron unos postes  
meneándote el camino.

Y la fibra de agua que latía a tu lado  
la arrancaron para regar las chacras.

¡Y quedaste solo...!  
¡Jamás un caminante te acarició la espalda!

Desde lejos mirabas los caminos  
que silbaban como si fueran víboras.

Todos te habían abandonado:  
¡Ya tenías la lepra celeste de la soledad...!

Hasta los pájaros se te fueron  
una mañana triste.  
Y la sombra, tu amada,  
te empezó a ser ingrata...

Y te pusiste pálido y estilizado  
como una pena sin remedio.

Entonces resolviste suicidarte  
con el torzal del viento...

Pero te di la última alegría,  
álamo viejo y solo,  
yo -fui de los muchachos que te garabatearon te  
visité una tarde  
y te escribí estos versos.